

CAPÍTULO QUINTO

RALF DAHRENDORF. UNA CIERTA IDEA, ENTRE LIBERAL Y SOCIALDEMÓCRATA, DE LA REALIDAD EUROPEA

RALF DAHRENDORF : UNA CIERTA IDEA, ENTRE LIBERAL Y SOCIALDEMÓCRATA, DE LA REALIDAD EUROPEA

Por MIGUEL ALONSO BAQUER

La elección de la figura intelectual de Ralf Dahrendorf como portavoz europeo de una cierta idea sobre la construcción de Europa está suficientemente fundamentada por su biografía. Nace en Hamburgo (Alemania) en 1929. Detenido siendo muy joven por la Gestapo al final de la Segunda Guerra Mundial (1944), aprovechará su liberación un año más tarde para estudiar filosofía, filología y sociología en las Universidades del Sarre, de Hamburgo y de Londres. Inglaterra y los Estados Unidos le abren sus cátedras universitarias y sus más prestigiosas instituciones. Harvard y Columbia le preconizan como brillante director de la *London School of Economics* en 1974 y como miembro directivo de la *Fundación Newmann*, en 1990, rige los destinos del *St. Anthony's College de Oxford*. Su definición ideológica, muy evolucionada a lo largo del tiempo, se nos presenta al abrigo de la socialdemocracia alemana entre 1947 y 1960 y al servicio del liberalismo a partir de 1967. De diputado en ejercicio ha saltado al puesto de comisario en funciones de la Comunidad Económica Europea.

Naturalmente que en estas reflexiones Dahrendorf nos interesa como investigador de la realidad social, es decir, como profesor de las ciencias sociales y políticas, que es lo que practicó con mayor entusiasmo en la Universidad de Tubinga. Una didáctica seria y profunda es lo que él aportó, junto a Raymond Aron y Thomas Bottomore, al Centro Europeo de Sociología en su triple sede de París, Tubinga y Londres, precisamente durante los años más fecundos de la reflexión sobre el europeísmo.

Dos libros al alcance de todos los españoles nos resultan los más significativos para la presentación de su pensamiento, cuyas ediciones originales en lengua alemana corresponden a 1957 y a 1961. *Soziale Klassen und Klassenkonflikt in der industriellen Gesellschaft* (Stuttgart) y *Gesellschaft und Freiheit* (Munich). Son respectivamente, en lengua de Castilla, *Las clases sociales y su conflicto en la sociedad industrial* (Ediciones Rialp en su 4ª edición de 1979) y *Sociedad y Libertad. Hacia un análisis sociológico de la actualidad* (Editorial Tecnos, reimpresión de 1971 a la edición de 1966). No obstante, las ideas de Ralf Dahrendorf a favor de la construcción política de una Comunidad Europea, o mejor, de una Unión Europea, aparecen puestas al día en un libro suyo de 1989 titulado *Reflexiones sobre la revolución en Europa*. Fue el trabajo públicamente discutido en febrero de 1991 en Roma por dos grandes contradictores del pensador alemán, el francés François Furet y el polaco Bronislaw Geremek. Un libro de estos autores, *La democracia en Europa* (Alianza Editorial, 1993) recogió, en su día, el balance de aquella presentación colectiva.

Los autores examinan lúcidamente, —son palabras del editor italiano Lucio Caracciolo— los peligros que afronta hoy la idea de Europa, tanto los intentos voluntaristas de avanzar, como la inmovilidad de los menos entusiastas, aportando un realismo que es más necesario que nunca en la discusión sobre el futuro europeo.

Ralf Dahrendorf aparece como un sociólogo de profesión que ha aunado el empeño académico y científico con el político. Llegó a ser ministro de Asuntos Exteriores en un Gobierno socialdemócrata de Brandt. Pero aquí nos interesa como intelectual de altos vuelos cuyo vértice de mayor presencia en la cultura española lo completan las ediciones de *Homo Sociologicus* (Centro de Estudios Constitucionales, 1972) de *El nuevo liberalismo* (Tecnos, 1982) y de *Las oportunidades de la crisis* (Unión Editorial, 1983). Lo recogido en *El conflicto social moderno* (Mondadori) también ha merecido su oportuna traducción a lengua española, precisamente en 1991. No recogeré, pues, nada que en forma de libro haya aparecido después de esta fecha; aunque sí ideas, en principio aisladas, cuyo origen se nos queda en algunos artículos de prensa. Los últimos han sido reunidos en *Europäische Tagebuch*, una obra del año 1995 nunca traducida.

Precisamente, un comentarista americano poco conocido entre nosotros, Denis G. Osborne, en un trabajo traducido por nuestro Colegio de Licenciados y Doctores de Filosofía y Letras, *Ciencias fundamentales: aprender a pensar en términos de probabilidad*, calificaba, nada más y

nada menos, al artículo sobre futurología de Ralf Dahrendorf, *Towards the hegemony of post-modern* (Hacia la hegemonía de los valores post-modernos), como el más interesante de los recientemente aparecidos. Y se ratificaba en ello subrayando el acertado empleo de una serie de expresiones de este tipo:

Los grandes cambios van invariablemente unidos, y quizás precedidos, por cambios de las mentalidades.

Dahrendorf, en definitiva, aparece afirmando a estos cuatro grandes elementos como constitutivos de los valores modernos: el crecimiento económico, la igualdad social, la democracia política, y la racionalidad cultural. Ni que decir tiene que para Dahrendorf son éstos, exactamente, los elementos más imprescindibles para la construcción de Europa.

Pero esto no es todo. El gran sociólogo se sorprende de que aquellos cuatro grandes objetivos no estén siendo absorbidos como tales por la literatura de la llamada post-modernidad.

Existen diversos intentos de devolver su lugar a lo irracional y de frenar los descubrimientos científicos y las innovaciones tecnológicas... La manera en que se presentará el futuro vendrá determinada en gran parte por la acción de los gobiernos, que dependerá a su vez de la evolución de los valores sociales y, por ende, en cierta medida, del proceso educativo y del contenido de la educación.

UN CIENTÍFICO SOCIAL FAVORABLE AL CAMBIO

Dahrendorf es, sobre todo, un científico social cuya obra está encaminada, como escribe Enrique del Percio en el *Diccionario de pensadores contemporáneos* (EMECE, Barcelona, 1996), a explicar las ventajas de un posible cambio social, que supere los errores y las insuficiencias de los anteriores esquemas cerrados, como la teoría marxista-leninista y el modelo estructural-funcionalista. Su pregunta clave viene a ser ésta: ¿qué mantiene unidas a las sociedades? Lo verdaderamente decisivo nos dice que es estar orientado para entender la estructura del conflicto y la naturaleza del cambio social. Los dos modelos, el conflictualista de Marx y el funcionalista de Parsons, son para Dahrendorf complementarios entre sí, mejor que alternativos, tal como se interpretaron durante la guerra fría.

Toda sociedad requiere para ser tal cierto nivel de estabilidad. Pero el conflicto siempre está presente. Puede adoptar formas violentas o pacíficas; pero nunca puede ser suprimido.

La terminología usada por Dahrendorf ha tenido bastante éxito. Distingue las *opciones libres* de las *ligaduras concretas* respecto a valores. Las opciones libres se orientan, bien hacia las titularidades, bien hacia las provisiones. Las titularidades de mayor permanencia son los derechos básicos de las personas. Las provisiones son variables y se refieren más bien a datos materiales. El partido de las provisiones, característico de la revolución industrial, considera que lo más relevante es el crecimiento económico. El partido de las titularidades, característico de las revoluciones burguesas o de las tendencias jacobinas, considera que lo más importante es el acceso del mayor número de personas a la vida política, social y económica. Trata de reconocer derechos y redistribuir bienes. Lo que ahora está ocurriendo en Europa es que los marginados, en lugar de organizarse para recibir títulos que les den acceso a la vida colectiva, adoptan conductas letárgicas o procuran salvarse individualmente a través de la delincuencia. La emoción está por encima de la razón y la intransigencia, cuando no la intolerancia, se hace regla.

Quizás el mejor conocedor en España del pensamiento social propio de Dahrendorf sea el catedrático José Jiménez Blanco, para quien lo esencial de su aportación a las ciencias sociales parece ser que consiste en una teoría del conflicto que, a su juicio, todavía está escasamente formalizada en términos de sistema lógico cerrado. No obstante, su pensamiento sobre la sociedad podría ser una pieza esencial para fundamentar la teoría sociológica sistemática actualmente en ciernes, de hecho, una teoría contraria a la idea de Parsons sobre la existencia real de una sociedad estabilizada por unos valores comunes. Los conflictos siguen siendo en Dahrendorf el “motor” del cambio social.

Dahrendorf ha hecho profesión de sociólogo comprometido o responsabilizado... la dialéctica marxista que se ha desalojado viene a ser sustituida por una dialéctica que llamaremos de la democracia pluralista ... Admitiendo como insoslayable la presencia de conflictos en la sociedad, cabe su regulación; en otras palabras, su institucionalización.

Para Jiménez Blanco la democracia, en principio pluralista, sin duda, es la mejor forma política que se le ha ocurrido a la humanidad. Dahrendorf está también en ello, pero lo está siempre que se tome conciencia de los supuestos positivos y negativos que cada sociedad nacional presenta para la realización de una democracia, de hecho, realista. En su caso, el problema más acuciante entre los europeos ha venido siendo el problema alemán. De aquí que su importante aportación a la forja en Alemania de una

democracia pluralista esté dirigida casi absolutamente a probar la categoría científica de su teoría del conflicto. Desde esta audaz hipótesis — la teoría del conflicto bien interpretada puede consolidar en Alemania una sociedad pluralista que, a su vez, sirva de ejemplo para los constructores de la realidad llamada Europa— es, a mi juicio, como procede glosar la importante obra de Ralf Dahrendorf.

UNA TEORÍA GENERAL SOBRE EL CONFLICTO SOCIAL

Lo primero que conviene retener es la inmensa confianza que Dahrendorf tiene en su propia teoría acerca de esa discusión, especialmente violenta y supranacional, que para él fue siempre el conflicto social. En la historia alemana ha habido un gravísimo conflicto social; pero lo fundamental de éste se ha presentado también en todo el contorno europeo. Su análisis científico es, pues, imprescindible también para los demás pueblos de Europa. Para aclarar las cosas Dahrendorf contestará a estas seis preguntas:

1. — ¿Qué hay que entender por conflicto social y qué clases de conflictos podemos distinguir en las sociedades históricas?
2. — ¿Dentro de qué imagen social se ofrecen los conflictos?
3. — ¿Cómo se pueden determinar los puntos de partida estructurales de los conflictos sociales?
4. — ¿De qué modo se despliegan las situaciones conflictivas en sus relaciones internas?
5. — ¿Cuáles son las dimensiones de variabilidad de cada conflicto?
6. — ¿De qué modo pueden regularse los conflictos sociales?

Las respuestas a las seis preguntas nos vienen debidamente ordenadas en su libro *Las clases sociales y su conflicto en la sociedad industrial*. Las estructuras sociales, a diferencia de la mayoría de las estructuras restantes, son capaces de producir por sí mismas los elementos que originan su superación y cambio. Las sociedades civiles contienen grupos que, al entrar en conflicto, pueden originar el cambio de las instituciones. Y estos grupos pueden ser entendidos, bien como sectores, bien como clases.

Por "sector" se entenderá a una categoría de personas que en atención a una serie de características de posición, determinables en cada caso, como ingresos, prestigio, tipo de vida, etc. ocupan una situación aproximadamente igual dentro de la estructura social, representada ésta como escala jerárquica. "Sector" es un concepto descriptivo de ordenación.

Las "clases" son agrupaciones de intereses que intervienen en conflictos sociales y contribuyen a la transformación de las estructuras sociales.

Esta distinción terminológica nos lleva, por ejemplo, a pensar en las Fuerzas Armadas como un sector de la sociedad, los militares, y en el Movimiento Obrero como una clase en acción, la clase trabajadora. Pero no nos precipitemos en simplificar las cosas.

Ni a la nobleza ni a los antiguos grupos artesano y campesino se les denomina "clase". Son "estamentos", concepto éste que en lo que afecta al sector medio se ha conservado aún para calificar al que integra los empleados de oficinas y funcionarios.

Claro que Dahrendorf condena la utilización sin matices de estos dos pensamientos de Marx: 1) "los individuos aislados sólo forman una clase cuando han de luchar juntos contra otra clase" y 2) "toda lucha de clases es una lucha política, es decir, una colisión consciente entre dos intereses opuestos, el de la conservación y el de la subversión de las instituciones y situaciones de poder existentes". Porque, continúa diciendo Marx, "la historia de todas las sociedades que hasta ahora han existido es la historia de la lucha de clases". Para Dahrendorf proclamar este tipo de dualismos es lo que mejor conduce a la inestabilidad y además lo hace de modo acelerado.

Las ideas y proyectos, para una estrategia cuya finalidad fuera la construcción de Europa, podrían forjarse quizás en el marco de una teoría de la lucha de clases. Pero, entonces, se ajustarían peligrosamente al prototipo de la sociedad de dos clases, que es el prototipo de la guerra civil. Marx identificaba indebidamente poder político y poder económico. Lo que hace Dahrendorf es suavizar aquella teoría con nuevas ideas:

Los conflictos no son casuales, sino producto sistemático de la estructura de la propia sociedad. Según esta idea, el orden social sólo existe dentro de una evolución. Las oposiciones y pugnas constituyen un principio estructural de la sociedad.

Dahrendorf tomó de Aron, al principio como muy válida, la noción de "sociedad industrial", una noción que a su juicio no se dejaba identificar con la más vaga de "capitalismo". Y lo argumentaba presentando datos sobre el inexorable crecimiento de las clases medias y de las especializaciones industriales. Lo hacía para concluir que su esperanza seguía puesta en la tarea de las instituciones de educación, debidamente convertidas éstas en la base funcional de la sociedad industrial desarrollada.

En los inicios de la sociedad industrial constituyó la escuela la expre-

sión o reflejo de la estructura social en “sectores”... No es la pertenencia a un sector lo que determina el nivel educacional, sino que es éste el que fija la pertenencia a un “sector”.

La huelga le parece a Ralf Dahrendorf algo no demasiado diferente a la gran aproximación a la guerra civil que “nuestra nación, —lo decía W.E. Moore para Inglaterra— en ocasiones se permite”. La regulación de las huelgas, a la larga, conduce a la primacía de hecho de una sociedad de sectores sobre una sociedad de clases. Y, finalmente, a la primacía de la sociedad plural sobre una sociedad sin clases, que era lo propio de la utopía revolucionaria. “Las clases de Schumpeter —concluye Dahrendorf en su brillante diálogo con el gran economista austriaco— no son, pues, en realidad clases, sino sectores”.

Todas las observaciones incluidas en la teoría del conflicto social de Dahrendorf son premoniciones del tipo de sociedad que podría llegar a ser en el futuro la Unión Europea. La empresa industrial tiene, tanto en Europa como en los Estados Unidos de América, una estructura autoritaria. Este autoritarismo básico puede estar reforzándose en nuestros días a cuenta de la creciente profesionalidad de sus actores que es en sí misma un factor positivo para nuestro autor.

La profesión de un hombre —que absorba aproximadamente un tercio de su vida cotidiana— es más que un medio para subsistir o a una válvula para su energía creadora, sino que constituye una influencia determinante sobre una existencia, incluso fuera de la jornada de trabajo.

UN ANÁLISIS SOCIOLÓGICO DE LA ACTUALIDAD

Si la teoría general sobre el conflicto social de Ralf Dahrendorf de 1957 puede y debe considerarse como una prueba, o como un fruto) de su mentalidad originariamente social-democrática, su análisis sociológico de la realidad social de 1961 deberá ser contemplado como algo ya plenamente liberal. Lo que nuestro pensador se pregunta en el Prólogo a la edición alemana se resume en este interrogante:

¿Qué hay de las libertades políticas concretas de palabra e imprenta, de propaganda y asociación en la sociedad moderna?

Dahrendorf no contempla con optimismo el futuro de la libertad. Las instituciones políticas del Estado *representativo* están siendo, tal vez, la condición suficiente para que exista la libertad, pero tienen que ser ade-

más una condición necesaria. ¿Cómo debe ser la sociedad -y cómo no debe ser- para que las instituciones del Estado *representativo* sean eficaces en ella? Se trata, como vemos, de una actitud más bien propia del liberalismo que de la social-democracia.

Esta pregunta, para Dahrendorf, encierra en sí misma todos los grandes problemas sociales y políticos del último decenio. Pero ¿son también los problemas del año 2.000 en orden a la estrategia para la construcción de Europa? Si, como parece cierto, la sociedad industrial es la niña mimada de la sociología, no habrá que olvidar ahora que las instituciones siempre mueren a causa de unas victorias demasiado fáciles. La sociedad industrial es ya una sociedad de masas que elige por pereza un tipo de conducta masivo al que llamamos moda. La sociedad industrial es, de hecho, una estructura que conduce a la eliminación de la desigualdad entre los hombres mediante su transformación en una masa genérica y gris de uniformidad anónima. Resulta por ello mismo muy vulnerable.

Dahrendorf romperá su propio argumento con este silogismo:

Afirmo que la sociedad industrial es un mito y un producto de la fantasía sociológica... Alemania e Inglaterra son sociedades industriales; pero Inglaterra es la madre de la democracia liberal y Alemania la madre del moderno Estado autoritario... América y Rusia son sociedades industriales y, sin embargo, su enemistad imprime carácter a nuestra época.

Para solucionar estos problemas cree hoy Dahrendorf que nos tenemos que liberar del mito idílico de la sociedad industrial. Sólo si liberamos a la sociología del peso de exigirle que sea una autocomprensión de época y sólo si aliviarnos a nuestra imagen ética del universo de la ilusión de verla consagrada por la ciencia, se atribuirá a cada una de ellas lo que le corresponde. Habrá que dejar instalado a cada pensador más allá de la utopía, o lo que viene a ser lo mismo, firmemente arraigado en teorías de alcance medio, mejor que atrapado en una teoría con pretensiones de universalidad.

Todas las utopías desde el Estado platónico hasta el hermoso nuevo mundo de 1984 de Jorge Orwell tienen un elemento común: son sociedades en las que falta la evolución.

La utopía, según Dahrendorf, —en el lenguaje de los economistas— es el mundo de la certidumbre. Es el paraíso hallado; los utopistas tienen respuesta para todo. Pero nosotros —los sociólogos— vivimos en un mundo de incertidumbre. A causa de la incertidumbre hay una constante

evolución y se da un desarrollo. El cerrado funcionalismo de Parsons le parece por ello la escuela sociológica que estudia todos los problemas bajo el aspecto del funcionamiento equilibrado y perfecto de las sociedades y sus subsistencias y que lo hace analizando cada fenómeno sólo en cuanto ayuda a mantener la armonía en el sistema. El funcionalismo de Merton está más abierto a la realidad. Porque los conflictos le prestan, no obstante, su colaboración al funcionamiento de los sistemas sociales. Todo conflicto social presupone y también crea una comunidad entre las partes en lucha. La finalidad y la efectividad de los conflictos sociales consiste en mantener despierto el cambio histórico y en fomentar el desarrollo de la sociedad.

Nunca cita Ralf Dahrendorf a la guerra como conflicto social, aunque tampoco niega que lo sea. Al profesor vagabundo (que es ahora Dahrendorf) le ronda de nuevo su constante nomadeo desde la firme nacionalidad (básicamente germánica) de su ser hacia la flexible naturalización británica en la que vive. El conflicto fundamental no es, pues, nunca la guerra para este alemán actualmente liberalizado hasta el extremo. Las alusiones a las guerras que protagonizó Alemania en el siglo XX no son sino una manera tangencial de referirse al problema alemán. Ya en su ensayo clarificador de 1960, *Jueces alemanes*, se había acercado de puntillas a la sociología del estrato superior de la sociedad alemana: un estrato superior que, como Morris Janowitz, él prefiere denominar "clase media superior", para descubrir sus debilidades.

Sólo el 19% de los individuos representativos de la población federal alemana interrogados por Janowitz se designaron a sí mismos como pertenecientes a la capa superior... La conciencia tranquilizadora de ser sólo "uper middle clan" caracteriza la evidencia de los estratos superiores de todas las sociedades industriales desarrolladas.

Dahrendorf concede que todavía quedan vigentes en las sociedades occidentales hasta siete élites funcionales: dirigentes de la economía, funcionarios políticos, directores de escuelas e institutos de investigación y docencia, príncipes (sic) eclesiásticos, dirigentes prominentes del teatro y del cine, generales, almirantes y, sobre todos ellos, jueces y abogados fiscales. Y se detiene en las concretas acusaciones habidas contra la actitud militarista de los jueces en su propio país para concluir generalizándolas sobre toda aquella sociedad.

La experiencia bélica de estos jueces no difiere esencialmente de la de otros grupos comparables... Es la actitud de servicio al Estado de viejo estilo.

LA GRAVEDAD LATENTE EN EL PROBLEMA ALEMÁN

El neoliberal en que ya se había convertido nuestro profesor a la altura de los años sesenta nunca más ocultará sus recelos hacia la burocracia del Estado. Su cita es, nada más, que un modo de referirse a la difícil cuestión de las libertades que, como sincero europeísta, le duele en el alma y que él denominará la clave del “problema alemán”. Para Dahrendorf el análisis de la cuestión alemana debería aparecer sumergido en un trabajo sobre *El Estado “representativo” y sus enemigos*.

El desarrollo político de los últimos decenios y del momento presente estaba y está determinado por tres grandes fuerzas político-sociales: la tradición autoritaria, la totalitaria y la representativa. Las formas autoritarias, representativas y totalitarias se relevan unas a otras en confuso desorden.

Ralf Dahrendorf ni siquiera pensaba entonces en la posibilidad de una reunificación alemana. Mucho menos soñaba en la construcción de Europa, que sí que será el objeto de sus escritos a partir de los años ochenta. Su crítica al Estado “autoritario” es contundente, pero no tanto como lo será su posterior crítica al Estado “totalitario”.

Por autoritaria se entiende aquella comunidad en la cual un estrado social relativamente estrecho y exclusivista tiene en sus manos, y de un modo regular, todas las riendas del poder... La mayor parte de las personas en un Estado autoritario no son ciudadanos, sino súbditos... El Estado autoritario es siempre un Estado paternalista, lo mismo que, por el contrario, el Estado paternalista contiene siempre elementos autoritarios.

La toma de partido está más clara. El Estado autoritario le parece un Estado considerado como un padre de familia recto y bondadoso. El Estado totalitario es el Estado considerado como un vigilante brutal en una prisión. El Estado representativo es el Estado considerado como un vigilante nocturno, siempre preocupado por limitar sus atribuciones a la protección de la libertad de las personas a él confiadas. Se trata, —nos dice— no de los tres bloques (neutralistas, orientales y occidentales) de la geopolítica europea, sino de tres tradiciones políticas (conservadora, extremista y liberal). No se nos ofrece con ello una descripción de la realidad, sino un instrumento conceptual de finalidad analítica. El objetivo del análisis es Alemania, hasta 1945. A diferencia de Inglaterra y los Estados Unidos, no había sido Alemania jamás un país capitalista. La Alemania imperial siguió siendo hasta el fin del II Reich un Estado autoritario. El Par-

lamiento era un adorno político, más que una institución efectiva, en la Alemania del Káiser.

Bismarck y Hitler, el espíritu prusiano-autoritario y el monstruoso espíritu nacional-socialista, representan dos etapas totalmente distintas, e incluso hostiles entre sí, del desarrollo histórico alemán. Sin embargo, ambos elementos se aliaron transitoriamente en 1933 por su común aversión contra el Estado representativo, eliminando con ello de un modo definitivo las oportunidades de Weimar.

Dahrendorf volverá sobre el mismo asunto en el capítulo que titula Democracia y Estructura social en Alemania:

Existen en la actualidad dos problemas: el problema de la democracia alemana y el problema de la democracia de los pueblos en vía de desarrollo... ¿Cómo pudo desembocar la democracia de un país industrializado, "occidental", "civilizado" en el nacional-socialismo?.

El problema de la democracia alemana no es ahora el problema general de la estructura social de las sociedades industriales, sino que, por ahora, es sólo el problema que se desprende de las condiciones especiales de la sociedad alemana vigentes hasta 1933.

En todos estos casos queda sin contestar la pregunta más importante: ¿por qué razón han llevado estos presupuestos generales precisamente a Alemania, y solo en ella, a una victoria del "extremismo del centro"?

Se han atribuido por sus numerosos censores a los alemanes, — sigue diciendo nuestro profesor — tendencias románticas, irracionalismos, extremosidad, ductilidad, espíritu de aplicación y trabajo, servilismo, complejo de mando y muchas otras propiedades. Aquí Dahrendorf, sin criticarlos, vuelve a citar los comentarios de Parsons sobre una encuesta de 1942 en torno al Partido de Hitler. El hitlerismo, a su juicio, representa un movimiento desesperado de las clases medias inferiores, no una peculiaridad alemana.

LA BÚSQUEDA DE FÓRMULAS PARA LA CONSTRUCCIÓN DE EUROPA

Las reflexiones de Dahrendorf contienen todos los elementos de un examen de conciencia y de una confesión de culpas. "La destrucción de la democracia alemana es por consiguiente obra de la clase media". ¿Por qué ha destruido su democracia precisamente la clase media alemana y

no han hecho la clase media inglesa o americana lo propio con la democracia inglesa o americana? Quizás, porque “la industrialización en Alemania fue cumplida, no por una clase social de empresarios autónomos, sino por otra clase social de empresarios dependientes del Estado tradicional, como afirmaba R. Bendix”.

Todas estas consideraciones deben hacerse sin perder de vista que el desenlace del pensamiento de Ralf Dahrendorf culminará en la búsqueda de alguna fórmula para la construcción de una Europa política. Distinguirá, más adelante, entre virtudes públicas y virtudes privadas, como si esta distinción le sirviera para mejor aclarar las cosas.

Alemania es algo característico al estimar sobremanera, en el campo social, las virtudes privadas, y en los países anglosajones, en cambio, las públicas.

Dahrendorf enfrenta las funciones de escuela y familia. La historia, nos dice, apenas conoce ejemplos de un desarrollo simultáneo y sincrónico de las virtudes públicas y privadas. A su juicio, el extremismo autoritario de la derecha viene de la escuela y el extremismo del centro viene, en principio, de la familia. El capítulo *La Evolución de la sociedad alemana de la postguerra: retos y respuestas* abrirá una nueva perspectiva. Hubo, desde luego, demasiada apatía hacia el Estado en la derecha autoritaria pero se dio una plena incorporación al Estado en el extremismo dictatorial de los totalitarios. Finalmente, la amenaza de la indeseable hipótesis de una democracia sin libertad para Alemania quedará aludida en una interesante aproximación de Dahrendorf a la tesis siempre liberal de Tocqueville que quizás le impusiera, en su día, el frecuente trato con Raymond Aron. Una brillante reflexión sobre el juego entre la libertad y la igualdad cierra esta fecunda etapa del pensamiento del profesor alemán.

La obra en la que verdaderamente se muestra más europeísta Ralf Dahrendorf es, sin duda alguna, *Reflexiones sobre la revolución en Europa* (1989). Después de ella, Dahrendorf ha defendido otros puntos de vista, cada vez con menos entusiasmo, en la evidencia de que sólo se cumplían unas partes de sus predicciones, a mi juicio, suficientes para expresar su clarividencia. No obstante, esta obra aunque se detiene demasiado en la reconsideración del segundo centenario de la Revolución Francesa, no puede menos que servirnos para reiterar el acierto de su personalísima teoría del conflicto social.

El polaco Geremek (en definitiva un medievalista) le había lanzado un reto: se puede acortar la duración del siglo XX, que comenzaría en

1914 y terminaría en 1989. El reto, de ser aceptado, significaba que todo lo que ya se estaba diciendo o escribiendo por los intelectuales en la década de los noventa pertenecía más bien al futuro, al siglo XXI.

La réplica del sociólogo alemán fue muy clara respecto al año inicial: *Sí, estoy de acuerdo en que el punto de inflexión fue 1914, verdaderamente un "annus terribilis"... Más tarde se produjo la "segunda guerra de los Treinta años", según la definió Fritz Stern, que duró hasta 1945 para después dar lugar al periodo largo, tenebroso y gris de la guerra fría.*

Lo definitivo es que "hemos empezado a comprender que las guerras europeas fueron, en realidad, guerras civiles que separaron lo que estaba unido". Afortunadamente, sigue diciendo Dahrendorf, "América no fue contagiada ni por el fascismo ni por el comunismo. Una vez más, demostró la extraordinaria fuerza de su sociedad civil, que en América se había formado antes que el Estado".

Estamos, pues, en pleno pensamiento liberal. Pero he aquí que salta una sorpresa: "en mi opinión, el comunismo está totalmente acabado, mientras no estoy tan seguro de que no puedan reaparecer otras formas de fascismo". Como liberal, añade Dahrendorf una nota de mayor confianza: "Confío que el partido de las provisiones, formado por los que creen que el mercado resuelve todos los problemas, no tenga el camino expedito para consolidar su dogmatismo". La reaparición de formas de fascismo está en Dahrendorf vinculada al dogmatismo de la derecha económica. Pero, con todo, "la democracia y la economía de mercado permiten el cambio sin derramamiento de sangre; es más, su función es la del cambio no-violento", —nos dice finalmente.

La futurología apasiona a Ralf Dahrendorf. Nos advierte que en su mapa de Europa no hay sitio para Rusia... "ese país es demasiado grande, demasiado lejano, demasiado subdesarrollado y con el recuerdo de su dominación demasiado reciente... La verdadera cuestión europea no está en sus límites sino en el centro del continente, en Alemania... Quizás el nuevo imperialismo alemán consista en sostener que todos nuestros intereses nacionales son europeos y, por lo tanto, los que no están de acuerdo con nosotros son malos europeos". Y es que el alemán Dahrendorf ha concebido siempre a Europa como un intento de definir los intereses comunes de los estados nacionales europeos... "no veo por qué motivo no deberíamos tener una institución eficiente destinada a defender los derechos humanos en toda Europa".

No obstante, Dahrendorf se refiere a la cuestión de los límites. El territorio entre Brest (canal de la Mancha) y Brest-Litovsk, frontera ruso-polaca, le parece insuficiente. Pero imaginar que Europa se extiende (o se extenderá) desde Vladivostok a Vancouver le parece un error. El límite europeo meridional es el Mediterráneo, pero no acepta que Chipre o Turquía ingresen en la Comunidad algún día lejano.

Dahrendorf se manifiesta feliz porque los Estados Unidos estén evitando que la inmigración desde América Latina pueda transformar a América en una potencia mundial de lengua española. Los habitantes del mediodía europeo no le inspiran ninguna simpatía. Otra referencia a Italia le sirve para afirmar que ojalá encuentre el pueblo italiano el modo de convertirse en un protagonista en la vía de una ulterior cooperación e integración europea. Nada similar se le concede a España.

Sus últimas apreciaciones sobre el comunismo nos parecen oportunistas. El fin del comunismo era previsible, era inestable y estaba condenado a su acabamiento. Lo que aparece en el horizonte es el peligro de que nuestras débiles democracias sean substituidas allí por un poder autoritario. Es la hipótesis que considera más probable también para los países del Este... “en la mayor parte de estos países la tentación de la homogeneidad es fuerte”.

La gente quiere estar con sus semejantes... De cara al exterior, se sostiene que todos aquellos que pertenecen a la misma “nación” deben entrar dentro de los confines nacionales; en el interior, la población se rebela contra las minorías de distinto origen... La gente desea algo parecido a los grupos tribales; pero el tribalismo conduce a la hostilidad... O bien aceptamos el desafío de la sociedad abierta, o por el contrario, debemos retornar a la tribu. La tentación de la pureza étnica, del destino de los pueblos, se detecta en todo el continente... el síndrome de la homogeneidad étnica es la amenaza más grave para la sociedad abierta.

EL VIRULENTO RENACIMIENTO DEL TRIBALISMO

La cita de un concepto tomado de Karl Popper se enfrenta en Dahrendorf con la tesis de Fukuyama: la historia no ha llegado a su fin; al contrario, ha vuelto y bajo sus formas más preocupantes. Desde luego, lo que no se nos pronosticaba a los europeos era el renacimiento del tribalismo de una forma tan virulenta. Existe, añade nuestro autor, un enfoque nacionalista de la autodeterminación que es preocupante.

Dahrendorf no se extralimita en la condena del particularismo y encaja bien la réplica de Geremek a favor del respeto europeo al sentimiento nacional de cada pueblo. No se puede prescindir de la idea de nación, del Estado nacional. El éxito histórico del Estado nacional heterogéneo es digno de consideración. Pero “realmente, me siento escéptico ante el concepto de una “Europa de las regiones”... En realidad, de esa “Europa de las regiones” teme que podrían surgir *regiones sin Europa*.”

A la hora de proponer reformas, Dahrendorf se muestra cauto:

La Comunidad Europea es la única Europa que tenemos. Esta es una buena razón para apoyarla. Pero yo no la apoyo ciegamente... La Europa que tenemos es, en diversos aspectos, una Europa bastante desafortunada. Es el resultado del fracaso de la Comunidad de defensa europea y de la Comunidad política europea; pero antes aún, del fracaso del Consejo de Europa.

Su propuesta innovadora habla de olvidarse de la Comunidad existente y de constituir otra mucha más amplia, también con países post-comunistas.

Creo que es más importante garantizar la estabilidad monetaria en el interior de una nueva Europa, digamos de los Veinticuatro, que asegurarse de que en todos los Estados miembros existe una misma moneda.

En este punto de los últimos escritos del profesor alemán saltan a la vista las ocasiones en las que el pensamiento de Dahrendorf no había sido atendido por los dirigentes políticos:

No se me ocurre un nombre para una nueva construcción. Desde luego, no sería el de una Europa federal. Puesto que la palabra “comunidad” ya se ha utilizado, podríamos denominarla “unión”.

La crítica es contundente. Le parece difícil imaginar cómo podría llegar el actual Parlamento Europeo a ser digno del nombre de “parlamento”. Es la Comisión de Bruselas la que detenta tanto el poder legislativo como el ejecutivo. Un Parlamento Europeo (elegido indirectamente) sería mejor si sus miembros fueran al mismo tiempo parlamentarios en sus países respectivos. Existiría un vínculo más estrecho que el actual.

Lo curioso es descubrir en las últimas palabras del pensador alemán unas premoniciones certeras en materias de defensa. Considera deseable, pero no absolutamente imprescindible, la presencia de fuerzas militares americanas en Europa. Pueden producirse guerras entre las potencias del Este que comporten consecuencias para Europa Occidental, nos dice con cautela.

Luego está la cuestión de las guerras civiles europeas. Estamos tratando de elaborar nuestras ideas al respecto, y no sé a qué resultados llegaremos. Sin embargo, tengo la sospecha de que recurriremos a las fuerzas armadas europeas encuadradas en la OTAN... el gran enemigo de nuestra supervivencia es el creciente tribalismo del mundo postcomunista, que comporta la posibilidad de guerras civiles europeas nucleares, "tácticas".

Dahrendorf nos da aquí una imagen pesimista que no se corresponde con su trayectoria intelectual. En el tema de la economía nunca aparecen tan catastróficos pronósticos como en el tema de la defensa.

Soy absolutamente partidario del libre comercio. El liberalismo es un proceso de civilización. El hombre y la mujer deben civilizarse para ser liberales.

Hay crítica pero no desesperanza. Los Doce no representan en absoluto un conjunto racional desde el punto de vista de la geografía económica. El Tratado de Maastrich ha dividido a Europa.

Creo que Italia, Portugal, Bélgica, Grecia y quizás Holanda y España, no estarán en condiciones de alcanzar los niveles de convergencia fijados para entrar en la banda monetaria unificada en 1997. De Doce Estados, seis se quedarán fuera. Quizás sería mejor confiar en el marco que en un pseudo-marco de segunda clase denominado ecu. ¿Por qué habrían de desear los franceses una moneda única europea? Miren ustedes, soy más bien escéptico acerca de la unión monetaria.

La obsesión de Dahrendorf vuelve a reaparecer: el tribalismo.

En todo el mundo se asiste a una especie de crisis de las "ataduras" o los "vínculos"... Este vacío emocional y cultural se puede observar en su máxima expresión en Europa Oriental. Allí produce anomía, lo que constituye una seria amenaza para el establecimiento de nuevas instituciones.

A Dahrendorf le preocupa el desarrollo tribal del deseo de adorar a falsos dioses, de recrear un sentimiento de "pertenecer a algo". El nuevo tribalismo, repite, está ligado al fundamentalismo. Esta preocupación desemboca en un patente laicismo y en algo más grave todavía, en una desesperanza.

Cuando alguien me pregunta qué propongo hacer, cada vez más me ocurre que sólo puedo responder: "Decir lo que pienso; eso es todo lo que puedo hacer".

Naturalmente Dahrendorf retorna en cuanto puede a su esfera predilecta, que es la economía, para decirnos que es lamentable que la gente cometa el error de unir mentalmente democracia con bienestar económico. Porque todavía existe en Europa el conflicto de fondo entre aquellos que apuestan por el crecimiento económico y los que lo hacen por los derechos de los ciudadanos. “Los años ochenta, —dice definiéndose a sí mismo como un moralista a ultranza— han constituido un periodo de desinterés por los derechos de los ciudadanos”.

La toma de postura culmina en Dahrendorf distinguiendo hasta cuatro tipos fundamentales de gobierno democrático: el americano, el británico, el francés y el alemán. “Lo que caracteriza al sistema americano es una auténtica separación de los poderes —una tradición que en absoluto es europea”. El sistema alemán es el más débil de los cuatro. “Clasificaría los sistemas en este orden: el británico, el francés, el americano y el alemán. Pero, en lo que sería la última esperanza, Dahrendorf opta por promover el intercambio entre las diversas culturas nacionales europeas.

Este proyecto no destruirá las peculiaridades nacionales.

La obra termina con un canto a tres teóricos del pensamiento, Karl Popper, Friedrich von Hayek y Hannah Arendt.

Al igual que Popper, Arendt y Hayek, yo tiendo a asociar antifascismo con anticomunismo. Me siento muy próximo a la actitud de Raymond Aron... Mi experiencia es algo diferente de la de tantos intelectuales franceses, italianos o españoles.

En síntesis, la clave del futuro sigue en el liberalismo: los verdaderos intelectuales actúan en la sociedad civil y no en el Estado. Una sociedad libre no tiene necesidad de intelectuales en el poder.

EL APRECIO FINAL DE LA TAREA DE LAS INSTITUCIONES

Dahrendorf nunca se ha confesado a sí mismo como un pensador particularmente atento a los problemas de la seguridad y de la defensa ni siquiera como seguridad y defensa de los valores europeos. Es una característica que también puede ser observada en la inmensa mayoría de los intelectuales actualmente conversos al liberalismo desde las filas de la social democracia.

El “leitmotiv” que vuelve a encontrarse en casi todos los pensadores es el de la autorrealización del hombre en la sociedad, es decir, la libertad como libertad para el desarrollo humano.

La obsesión por la libertad personal ayuda al mantenimiento sine die de la vuelta de espaldas de los intelectuales hacia las situaciones donde necesariamente se hace uso de la autoridad e incluso donde se sospecha que (nunca necesariamente) también se abusa (ocasionalmente) de ella. De aquí que sea cada vez más frecuente el intelectual que se inhibe de la marcha de los conflictos bélicos. Y que lo más habitual, cuando no se inhibe, sea el inmediato grito de su sistemática condena de todos los abusos de autoridad.

Dahrendorf hace suya una distinción terminológica que ya utilizaba hace unas décadas el metafísico español Xabier Zubiri para mejor entender en qué consiste la libertad.

Se ha insistido por muchos autores, sobre todo en tiempos recientes, en que no basta descubrir la libertad del hombre como una "libertad - de"... es decir, con un valor "meramente negativo"; más bien debería enténdersela como una "libertad - para"... con un valor positivo.

Según esta observación, a mi juicio certera, el problema del liberalismo deja de quedar confinado en la *necesidad de saber* de cuantas cosas más tiene el hombre que estar liberado y empieza a estar orientado hacia la *capacidad para* realizar en libertad servicios a favor del hombre. El genuino liberalismo se ocupa, sí, de liberar; pero lo hace sólo para favorecer el cumplimiento de tareas objetivamente buenas. ¿Qué otra cosa puede significar la "ausencia de coacción" sino que el hombre se comporta "del modo apropiado", es decir, conforme a su naturaleza interna, realizándose asimismo en cuanto tal?.

La *libertad* —para, mejor que la liberación— *de*, requiere disponer de amplios márgenes de seguridad y de defensa para las comunidades soberanas de hombres libres. El aprecio final a las instituciones estatales concebidas para la seguridad y para la defensa que percibimos en el último Ralf Dahrendorf viene de esta consideración. En un trabajo, ya publicado por mí, sobre *El lugar de las Fuerzas Armadas en las Ciencias Sociales* (donde se recogían para los padres fundadores las posiciones del positivismo de Augusto Comte, del historicismo de Alexis de Tocqueville, del naturalismo de Karl Marx y del evolucionismo de Herbert Spencer), también se tomaba nota de la aportación al tema de la seguridad y de la defensa de los grandes maestros (la del estructuralista Emile Durkeim, la del formalista Max Weber, la del elitista Wifredo Pareto y la del funcionalista Talcott Parson). Y finalmente, se le hacía un sitio a Dahrendorf, con todo merecimiento porque acababa de incorporarse a esta problemática de la defensa, exactamente cuando yo redactaba aquel trabajo.

Dahrendorf, en aquel trabajo de síntesis era calificado por mí como uno de los cuatro notables teóricos de sociología que había marcado una postura de mayor interés para todos los estudios de estrategia. Ralf Dahrendorf compartía escenario con el conflictualista francés Gastón Bouthoul, con el relativista también francés Raymond Aron y con el pragmático norteamericano Morris Janowitz. En el trabajo citado (cuyo desarrollo terminó adoptando el título general *Tres teorías sociológicas de interés militar*) la aportación muy bien valorada de las ideas de Dahrendorf se acogía a la cualidad de un centro reformista que operaba a partir de la escuela dialéctica de sociología en la que militaron, antes que él, los intelectuales de la estirpe materialista. Dahrendorf será, en definitiva, un reformista partidario del cambio institucional que se incoaba desde las propias instituciones en los años ochenta, mucho más evidentemente que un demoleedor de instituciones.

No será tarea fácil extraer de los escritos suyos sus ideas en relación con el nuevo rol o papel de las Fuerzas Armadas. Pero podríamos aproximarnos a ellas del siguiente modo:

Tres notables teóricos de las Ciencias Sociales acompañan al prestigio de Ralf Dahrendorf. Gastón Bouthoul, fundador de la sociología de las guerras (polemología), Raymond Aron, figura destacada en la esfera de las relaciones internacionales y Morris Janowitz, el creador de la sociología de aplicación militar. Junto a Ralf Dahrendorf, certero revisionista de los tópicos fatalistas acumulados en la trayectoria de la sociología general, cuando ésta se muestra imprecisa, los tres notables teóricos han realizado ante los ojos de los estudiosos del sector militar de la sociedad civil un ingente esfuerzo de objetividad, que nos permite abordar con ideas nuevas la vieja cuestión del lugar de las Fuerzas Armadas en las ciencias sociales.

Se trata de cuatro autores, metodológicamente diferentes, que ni siquiera participan del mismo grado de contemporaneidad. Tres de ellos han fallecido en fechas no demasiado alejadas de las últimas décadas del siglo XX. Dahrendorf, el único superviviente, ha podido beneficiarse de la evidencia del desvanecimiento de las estructuras de poder nacidas al abrigo del materialismo dialéctico. Pero, antes de Dahrendorf, ya Gastón Bouthoul había corregido las tesis colectivistas de Durkheim, ya Raymond Aron había personalizado o concretado las tendencias abstractas e individualistas de Weber y ya Morris Janowitz había abierto brecha en las conclusiones meramente antimilitaristas de Spencer.

La guerra, los militares y las instituciones armadas están, si bien como fenómenos colectivos, presentes en la realidad social. Pero de ninguna manera estos tres fenómenos sociales se alimentan mutuamente para crecer al unísono. Las instituciones armadas pueden y deben formar militares capacitados para la reducción de la conflictividad y, quizás, para el logro de algún grado de eliminación del *fenómeno guerra* y por analogía, también del *fenómeno revolución*.

No se puede ocultar que los libros más importantes de Bouthoul y de Aron todavía se movían en la atmósfera de unas claras previsiones conflictualistas para Europa. Se creía que si los hombres no lo remedaban, merced a un impresionante alarde de ética, los grupos sociales organizados en Estados reproducirían en unas décadas situaciones propicias para el estallido de nuevas guerras o de nuevas revoluciones en el escenario europeo. Contrariamente, Janowitz y Dahrendorf apuestan en sus obras por el diagnóstico de una mayor armonía internacional si, como parecía probable, se coronaba con éxito un cambio substancial en la funcionalidad de las Fuerzas Armadas para la resolución de los *conflictos menores o conflictos de baja intensidad*, éstos, sin embargo, a su juicio, cada día más probables sobre el escenario europeo.

Para esa especie de profesor vagabundo (que es, como hemos recordado, lo que dice de sí mismo Dahrendorf) la orientación ajena (o más bien indiferente) al intenso cultivo por los militares de su profesionalidad específica, no es un buen camino. Difiere, (en esto de la profesionalidad) el profesor alemán del mero ocupacionismo por el que en su día propugnó Janowitz al volverle la espalda a la institucionalización creciente de los hombres de la defensa. Lo mejor, según Dahrendorf, es que se vuelvan a enfatizar los rasgos de la profesión de las armas hasta institucionalizarlos de nuevo, aunque sea abriéndoles el horizonte hacia la ejecución de misiones nuevas.

La única política posible, a los ojos de Dahrendorf, para el mejor sostenimiento de las libertades es aprender a vivir con el conflicto auestas. Para Dahrendorf *conflicto* es distinto a *guerra*; pero nunca se detiene en la obligada distinción para afirmar cosas diferentes respecto a los dos conceptos. No hay mejor modo para alcanzar este objetivo didáctico de la convivencia con el conflicto que el de propiciar cambios estratégicos que amplíen las opciones electivas de las gentes capacitándolas, día tras día, para que ellas mismas sean las que quieran elegir. Pero, al mismo tiempo, se debería reconocer la habitual presencia del conflicto y se tendría que disponer, precisamente, de las personas más aptas para resolverlo de manera positiva.

El conflicto, —también la guerra y desde luego las revoluciones— tiene que ser domesticado por la actividad de las instituciones para que sea útil. La guerra tendría que ser conducida, en su caso, por los mandos militares bajo la correspondiente directriz política, ya que es del concreto quehacer de los políticos de donde se espera que estalle una guerra o que se implante una paz duradera.

El cuidado por lo moral en el seno de las instituciones armadas, aparece en Dahrendorf como uno de los primeros deberes que hay que poner a cargo de los responsables del cambio de estrategia que habrán de diseñar los reformadores. Sólo así —nos dice— disminuirá la extensión del espacio territorial que todavía ocupan en la realidad social los conflictos, las guerras y las revoluciones.

La decepción actual de las gentes sobre los resultados últimos del recurso a la violencia generalizada, (apenas satisfactorios para la superación de los conflictos mundiales o globales) tendría que ser aprovechada para revisar las funciones institucionales, (ayer manifiestas y hoy simplemente latentes) de las Fuerzas Armadas. Habría que concluir que, quizás, se deba alterar su ya antigua ordenación de las misiones en relativos grados de importancia. Se trata de poner en el primer plano lo que parecía oculto y de dejar en la sombra lo que se aceptaba como única misión de las Fuerzas Armadas (sin crítica) y como algo obligado en sí mismo: un empleo hasta las últimas consecuencias del potencial militar.

El reformismo de Dahrendorf está netamente a favor de la sociedad libre, es decir, de aquella sociedad que ofrece opciones mejor que titularidades y que no impone los modos de utilizarlas. El cambio estratégico propuesto por él en sus últimos escritos parte del supuesto de que cualquier definición del *otro* como enemigo en el seno de la propia comunidad de hombres libres es equívoca y a la larga errónea. El otro es uno de nosotros del que sólo nos separa, momentáneamente, una adversidad o un malentendido.

Hay, finalmente que hacer caer a las gentes en la cuenta del error cometido al haber desplazado a las instituciones militares del Occidente del centro de gravedad político-cultural donde les corresponde estar situadas. Con ello se ha provocado un vacío y se ha favorecido, —lo piensa Dahrendorf al evocar lo sucedido en la Europa entre las dos guerras (1914-1945)— el que el vacío se llene, bien con el culto a la personalidad de los autoritarismos de derecha, bien con la apología de las masas ciegas de los totalitarismos de izquierdas.

Las instituciones, —también las instituciones militares— siguen poseyendo una respetable especialización funcional que es notable, grave y seria respecto a las situaciones tangentes con la razón de ser de su histórico nacimiento, en nuestro caso para el empleo razonable de las situaciones de guerra. Hay que contar con la existencia y con el adiestramiento de unas Fuerzas Armadas (debidamente institucionalizadas) para la resolución de conflictos armados o violentos, es decir, aquellos donde se exhiben los medios de ofensa y de defensa que la tecnología de los nuevos tiempos sigue considerando armas.

LA CONDENA DE LO TOTALITARIO, ESENCIAL PARA LA FORJA DE EUROPA

Se puede dudar a la hora de inscribirle a Dahrendorf como creador de una teoría dialéctica del conflicto o como propulsor de una teoría del equilibrio. José Jiménez Blanco en el Prólogo a *Sociedad y Libertad* deja abierta la duda.

Ralph Dahrendorf aporta a la sociología actual una versión no dialéctica de la teoría sociológica de Marx; o si se quiere, una versión sin dialéctica marxista. El resultado es la teoría del conflicto. A la dialéctica de la lucha de clases se le ha quitado su clasicismo y su economicismo... Los conflictos siguen siendo el "motor" del cambio social. Ahora bien, Dahrendorf pretende que la teoría del conflicto, —aplicable a ciertos problemas sociológicos— es compatible con la teoría de Parsons del sistema social estabilizado, aplicable a otros ciertos supuestos.

Como sociólogo comprometido en la acción ha desalojado de su saber a la dialéctica marxista y le ha sustituido por una dialéctica que Jiménez Blanco llama de democracia pluralista. "Para Dahrendorf los conflictos son reales, existen en toda sociedad. Lo que puede y debe hacerse es regularlos, es decir, admitiendo como insoslayable la presencia de conflictos en la sociedad, cabe su regulación; en otras palabras, su institucionalización".

Dahrendorf y Parsons están muy cerca de decir lo mismo. ¿No es éste el punto en que Dahrendorf dice explícitamente lo que está implícito en Parsons? La democracia pluralista es para los dos la mejor forma política que se le ha ocurrido a la humanidad.

En el concepto de conflictos sociales, Dahrendorf rara vez incluye a la guerra y a la revolución. Lo decisivo de su aportación teórica no radica

en lo que dice sobre las Fuerzas Armadas sino en imaginar lo que hubiera dicho si se hubiera interesado por ellas. ¿Qué hay que entender por conflicto social y qué clases de conflictos podemos distinguir en las sociedades históricas? ¿Dentro de qué imagen social se ofrecen los conflictos? ¿Cómo se pueden determinar los puntos de partida estructurales de los conflictos sociales? ¿De qué modo se despliegan en sus relaciones? ¿Cuáles son sus dimensiones de variabilidad? ¿De qué modo pueden regularse? Los grupos, —dice Dahrendorf— al entrar en conflicto, suelen originar cambios en las instituciones. Y conviene distinguir si el conflicto es de clases o de sectores.

A Dahrendorf le interesan las clases y le afectan algo más los sectores civiles de la sociedad que el sector militar. Son los militares quienes tienen que extraer enseñanzas de su obra sin apenas resultar ayudados por el sociólogo, como ocurre también con los textos de Marx y de Parsons. Lo que tiene sentido es reconocer que, al iniciarse la historia del concepto de clase (Engels), se clausuran automáticamente el concepto de *estamento*, de *stand* de vida de los poderosos y de status recibido por herencia. Sólo nos queda el doble concepto de *empleo* y de *función* como válido para referirlo a la burocracia civil y a la burocracia militar, indistintamente.

Si las clases no luchan, nada de la teoría de Marx resulta interesante para la escuela dialéctica de sociología. Sólo el cambio en las relaciones de clase constituye un cambio histórico. Esta era la ley, que, según Marx, había regido hasta ahora a la civilización. Pero la diferencia de clases en el futuro ya no se basará en el *oficio*. Es en el ámbito de la producción y en las situaciones de poder donde encontramos a las clases. El subsector militar de la sociedad subsistía sólo porque ayudaba a la permanencia en el poder de la clase declinante. Pero los individuos forman una clase sólo cuando han de luchar juntos contra otra clase. La clase es una agrupación política instituida por un interés común. La lucha de clases es una lucha política que se constituye en la colisión consciente entre dos intereses opuestos, el de conservación y el de subversión de las instituciones de poder existentes. Este fue también el punto de partida de Dahrendorf.

Pero la teoría de Marx, además, había creado un dualismo social maniqueo cuyo final debería ser la sociedad sin clases: El movimiento obrero tiene que acabar con las clases del mismo modo que el movimiento burgués acabó con los estamentos.

Los conflictos no son casuales, sino producto sistemático de la estructura de la propia sociedad. Según esta idea, el orden social sólo

existe dentro de una evolución. Las oposiciones y pugnas constituyen un principio estructural de la sociedad.

En la sociología de Marx, como vio Dahrendorf, no había sitio para las profesiones civiles ni para los cuerpos de oficiales. La sociedad capitalista con sus ejércitos nacionales era, para Marx, la última sociedad de clases de la historia. La primera sociedad sin clases de la historia será aquella donde no exista la propiedad privada de los medios de producción. La última sociedad, —una sociedad sin clases— sustituirá inmediatamente al especialista por el hombre universal. Esto es, sin embargo, lo que niega Dahrendorf.

Lo que ahora se abre paso en el mundo occidental es un vigoroso funcionalismo, —defiende Dahrendorf— según el cual, las funciones superiores son funciones de dirección, investidas de autoridad pero no de riqueza. Lo que nos llega hoy a los europeos es la necesidad creciente de una burocracia capaz cuyo rasgo común con el proletariado es que ambos carecen de propiedades. Y entonces, —tal es la crítica de Dahrendorf a Marx— resulta que la teoría de las funciones explica el peso de cada una de las series de hombres implicados en las empresas mucho mejor que la teoría del conflicto. Los directores, los productores, los administrativos y los vendedores se cruzan y se oponen en el ejercicio del poder en Bruselas; pero no en términos de lucha de clases sino de coordinación de funciones. Lo que tenemos hoy en Occidente instalado sobre el poder es la suma de puros burócratas, de expertos especializados y de meros empleados a quienes nada les dice la sociedad sin clases. Lo que se da en la modernidad europea es un imparable crecimiento de las dos movi­lidades sociales —la vertical o de ascenso y la horizontal o de cambio ocupacional— porque, como dice Parsons, “es inevitable una distribución desigual de las compensaciones”.

El pensador liberal Karl Popper va más lejos aún que Parsons en la crítica del marxismo. Aquí y ahora, nos dice, el concepto de clase está tan desnaturalizado como el de función. La teoría es sólo la red que lanzamos para cazar al mundo..., toda teoría quiere ser, más que una hipótesis parcial; una hipótesis, más que un concepto y una categoría, mejor que un concepto. Hay que desconfiar de las teorías.

Hemos, pues, de preguntarnos si la interpretación de la sociedad como un sistema de integración, que considera al conflicto que rompe su estructura solamente como una desviación, es capaz de confinarse como adecuada al examinar sus consecuencias analíticas.

Pero volvamos a la crítica del marxismo tal como la formula Dahrendorf. Las tesis, más bien personalistas, del inglés Alfred Marshall, del francés Emile Durkheim, del italiano Vilfredo Pareto y del alemán Max Weber vienen en ayuda de Dahrendorf en el sentido de que también le dejan un lugar en la historia reciente nada menos que a la personalidad autoritaria. Hay, —explicaba Parsons— un elemento fundamental estático —*la estructura*— y unos elementos dinámicos y variables, —*las funciones*— que se subordinan a la estructura. Las revoluciones —y por analogía todos los conflictos— se cruzan en el movimiento hacia adelante del estructuro-funcionalismo, pero no son la regla. Los líderes unas veces aciertan a resolver el conflicto y otras los agigantan. Ello ocurre siempre en relación directa con el uso que se hace de la autoridad. En todo análisis sociológico la autoridad tiene que ocupar una posición central. La descomposición de las esferas de autoridad es lo que constituye la razón determinante de una crisis social.

Allí donde existe dominación, —concluye Dahrendorf— existen, según nuestra definición, clases y conflictos sociales.

Porque, además, allá donde la dominación se haga más totalitaria la conflictividad resultante será todavía mayor. Se es miembro de una clase porque se ocupa una posición dentro de una asociación de dominación, por ejemplo, el Estado o la Empresa. A toda categoría de la teoría estructuro-funcional (o de integración) le corresponde otra categoría paralela en la teoría de autoridad (o de dominación). Dahrendorf, al acercarse a Parsons de este modo, vuelve los ojos al sentido occidental y europeo de la responsabilidad personal y le da, definitivamente, las espaldas al totalitarismo despersonalizado del materialismo dialéctico.

La palabra “interés” califica en el lenguaje corriente, intenciones o directrices de actuación que en modo alguno van ligadas a las posiciones o cargos, sino a los individuos. Los individuos y no las posiciones que ocupan “se interesan por algo”, se toman o “tienen interés”... Quiere ello decir que los intereses de las clases dominantes, como valores, personifican la ideología de la legitimidad de su autoridad y que los intereses de las clases dominadas representan, por el contrario, la duda de esta legitimidad.

Los grupos son pluralidades de hombres en contacto y comunicación regular con una estructura reconocible. El subsector militar de la sociedad es uno de esos grupos. Tiene una estructura, una forma dada de organización, un programa de objetivos y un personal integrado, es decir, es una *institución* en el sentido de Bronislaw Malinowski: una asociación

o grupo organizado con estatuto fundacional, personal, normas, instrumentos materiales, actividades reguladas y funciones objetivas, además de resultados tangibles.

Las Fuerzas Armadas en esta concepción, —como toda organización social—, exigen la diferenciación de las posiciones. No viven en una sociedad caracterizada por el constante cambio de jefatura, como habría de ocurrir en la sociedad sin clases, sino en la tendencia contraria, cuya exageración consiste en lo que Gaetano Mosca llamaba “ley de la inercia” o tendencia de los superiores a permanecer en una situación ya dada. Hay en las Fuerzas Armadas relevos de jefatura, siempre menos equívocos que los cambios de élite profetizados por Vilfredo Pareto. Los militares sufren una alternancia entre las hegemonías de las clases cerradas y de las clases abiertas; entre viejas autocracias (que se reservan el mando para sí mismas, si se lo permitieran) y nuevas democracias, (que entregan a la voluntad popular la posibilidad del relevo).

Dahrendorf condena, una vez más, al totalitarismo implícito en la exageración del elitismo, que Mosca atribuía al concepto de clase política, que Pareto depositó en la élite gobernante y que Aron ha transferido a la minoría en el poder. Es cierto, que en toda sociedad hay individuos que superan a la masa de los dominados por su capacidad de acción, por su instinto para las combinaciones y por su concentración sobre lo inmediato. Es verdad, que las clases dominantes están siempre mejor organizadas que las dominadas.

No se está dando en Occidente la superposición entre poder político y poder económico que contemplaban los marxistas como algo inexorable. No es la renovación de los dirigentes lo decisivo para certificar un cambio, sino la reforma que se produce cuando los intereses diferenciados entran en conflicto con los intereses coincidentes dentro de una concreta situación. Porque, —y he aquí lo decisivo de su teoría del conflicto— sólo los intereses diferenciados producen cambios de sistema. Los intereses coincidentes, a lo sumo, provocan cambios dentro del sistema. Entonces, y sólo entonces, es cuando se pasa de la teoría equilibrada de las clases sociales al conflicto abierto de clases, que Marx llamaba revolución.

Dahrendorf afirma, contra Wright Mills, que “un puesto de autoridad en la industria no se corresponde, necesariamente, con un puesto de autoridad en la política y ésto a pesar de que las funciones burocráticas son funciones de dominación política”. A la definición de la burocracia

corresponden ciertos intereses latentes que atienden al mantenimiento de las estructuras existentes y de los valores vigentes.

El ejército reservista burocrático de la autoridad es un ejército mercenario del conflicto de clases, que si bien siempre está en la lucha, se ve obligado a poner su fuerza al servicio de señores y objetivos cambiantes.

Dahrendorf no le niega a Parsons, autor de una teoría voluntarista de la acción, el derecho a ser tenido como el teórico de la ciencia social más importante de la actualidad; pero le niega el acierto, que concede a Merton, a la hora de posponer el gusto por las especulaciones de tipo universal y por los sistemas conceptuales de carácter magistral en favor de las teorías de alcance medio. Finalmente, les niega a ambos sociólogos la suficiente energía como para oponerse a las utopías y, desde luego, a la utopía totalitaria que, en cambio, le sobra a Karl Popper.

Todas las utopías, desde el Estado platónico hasta el hermoso nuevo mundo de 1984 de George Well, tienen un elemento común: son sociedades en las que falta la evolución... El ejemplo de Marx es todavía más ilustrativo. Es sabido cuanto tiempo y energías gastó Lenin en relacionar el acontecimiento, objetivamente posible, de una revolución proletaria con la imagen de una sociedad comunista, en la que no hay clases, ni conflictos, ni Estado, ni división del trabajo.

«Las sociedades utópicas pueden ser sociedades de castas, — insiste lúcidamente Dahrendorf— y lo son con frecuencia... (léase nomenclaturas, como le hubiera gustado oír a Pareto), pero no son sociedades de clases en las que los oprimidos se insurreccionan contra sus dominadores». Al final nos encontramos, tanto Platón como nosotros, con la utopía de una sociedad perfecta que tiene una estructura, que funciona, que está en equilibrio y por ello es justa.

Al contrario de lo que pretende este utopismo falaz, el sociólogo Dahrendorf quiere recuperar para la sociología una actitud en la que no se pierda por completo el apasionamiento ético de sus padres fundadores. Considera nocivos los rasgos utópicos que se filtran en todas las teorías:

La utopía es el mundo de la certidumbre. Es el paraíso hallado: los utopistas tienen respuestas para todo. Sólo a causa de la incertidumbre hay constante evolución y desarrollo.

Y es que los conflictos sociales, a la larga, también cumplen funciones. “El problema de dominar los conflictos sociales no es, pues, en el fondo, más que el problema de la psicoterapia de los dirigentes de grupos

en conflicto”. La peor solución será aquella que ponga en relación el síndrome autoritario y la conducta autoritaria. Esa fue la solución de los nazis, de los fascistas o de los comunistas al incurrir en la tentación totalitaria anexa al utopismo.

La pregunta sociológica es ¿qué causas sistemáticas, es decir, estructurales, tiene el hecho constante de los conflictos sociales? ¿Cuál es, por ello, el lugar del conflicto en la sociedad humana y en su historia?.

Porque, en definitiva, en su arranque, todos los conflictos son disfuncionales, aunque se admita que las estructuras de funciones, de grupos de referencia o de instituciones crean necesariamente conflictos. La funcionalidad de un conflicto procede del artista que acierta a resolverlo.

El conflicto cuando se encuentra ya aclarado, para Dahrendorf, significa, como para Coser, “una descarga de la tensión entre elementos hostiles”. Posee una función estabilizadora y se transforma en componente integrativo de dicha relación.

La finalidad y la efectividad de los conflictos sociales consiste en mantener despierto el cambio histórico y fomentar el desarrollo de la sociedad.

La causa final de los conflictos sociales, —habría que preguntarle a Dahrendorf si también la de la guerra y la de la revolución— está en el mantenimiento del cambio histórico. Son la rigidez y la excesiva estabilidad lo verdaderamente patológico de la vida social y no la conflictividad evolutiva que ésta lleva en su seno. Cuando la utopía se convierte, artificialmente, en una realidad política se hace siempre totalitaria.

Dahrendorf, como el sociólogo Coser, —pero no como Mills y Polantzas— trata de seguir afiliado a la escuela de dialéctica pero lejos de la estirpe de Marx. Y es cierto que lo consigue por mucho que se haya acercado a las tesis del funcionalismo y haya respetado mucho mejor que Mills, —y desde luego que Polantzas— la figura de Talcott Parsons, el primero y más maduro de los sociólogos funcionalistas.